

# el hombre urbano: bestseller de sí mismo

(Un ensayo sobre "El Padrino", "Historia de Amor",  
"La Isla de las Tres Sirenas", "Los 7 Minutos" y otros éxitos)

ANTONIO DELHUMEAU

Con "El padrino" y "El golpe", las clases medias se solidarizan con los infractores de la ley, con los *gangsters*, con los rebeldes y los asesinos. A través de "Séptico" y de "Contacto en Francia" en cambio, viven la fantasía de la identificación con representantes de una ley rigurosa, de un orden institucional válido, legítimo. En el ensueño colectivo de "La isla de las tres sirenas" y de "Proposición 31" —entre muchas otras novelas de éxito—, la burguesía grande y pequeña y el proletariado elitista que se identifica con esta última, gozan de fantásticas aventuras eróticas y de intercambios de parejas, como fórmula de solución imaginaria a las reales y cotidianas rutinas matrimoniales. Pero estas mismas clases sociales —ascendentes o ascendidas, todas ellas exististas— se entregan al ensueño de la perfecta lealtad y del amor perenne y pleno, ya sea dentro de la ley y el orden —"Love story"—, en conflicto ambivalente con ambos —"West side story"—, o abiertamente en contra de ellos —"La verdadera historia de Bonnie and Clyde".

Si pensamos sólo en los Estados Unidos, estas agudas contradicciones en los deseos insatisfechos que vuelcan a los *best-consumers* sobre las novelas que les ofrecen la solución maravillosa a sus problemas, aparecen plenas de sentido. Y es que las clases medias norteamericanas han tenido que vivir de una sola vez, la creencia de que en su país prevalece una sociedad democrática y de tendencias claras a la discusión abierta de los asun-

tos públicos y a la participación igualitaria de los hombres privados, y al mismo tiempo han debido aceptar que el eje de este sistema lo constituyen la corrupción, el privilegio, la manipulación y el chantaje, tras bambalinas. Este desgarramiento ha estado presente en la larga decepción y la profunda mala conciencia de la guerra de Vietnam en la conciencia norteamericana y también en el estupor con el cual —a partir del caso anecdótico y superficial, estrictamente coyuntural, de Watergate— los estadounidenses comenzaron a desmadejar el hilo de tácticas y estrategias del poder, de las cuales se habían considerado por decenios y mágicamente exentos.

Sin embargo, no sólo en los Estados Unidos han tenido un impacto extenso y duradero estas fantasías colectivas. En Europa, en Canadá y en América Latina, sobre todo, la aceptación de esas novelas ha sido amplia y penetrante.

Este planteamiento nos propone dos problemas básicos, al menos. Por una parte, el hecho concreto de que no es válido, ni científicamente justificable, el reducir la condición de las clases medias a un solo polo de sus contradicciones, ya sea que se les contemple como sólo encubridoras y conformistas, o únicamente en su versión de innovadoras y ensayistas de cambios sociales y culturales. Por otro lado, es imprescindible poner en cuestión también que los estudios sociológicos y psicosociales no pueden constreñirse, ni mucho menos, al esclarecimiento

de una supuesta *condición nacional* irreductible, que aísla —“con fines de análisis”— la creciente interdependencia cultural que existe entre las pequeñas-burguesías, e incluso las pequeñas-burocracias “socialistas” que han hecho del “desarrollo” su petición de principio y su juicio final, al mismo tiempo.

Y estos dos problemas, el de la unidad de las clases medias, manteniendo sus contradicciones, y el de contemplar a estas clases en su dimensión actual de “prototipos universales”, se integran en un solo hilo conductor de este breve ensayo introductorio a la interpretación de los hombres urbanos, como *best-consumers* de sus propias imágenes. Consumidores de un “sí mismo” (*self*), proyectado al mismo tiempo hacia un pasado fijo, que a su vez “los consume” en la nostalgia y hacia un futuro amenazador o paradisiaco —pero siempre unívoco—, que “los consume” en la impaciencia y el rechazo, por adelantado, de la cotidianeidad actual, es decir, de su praxis posible, de un presente añorante, cuyo significado vital, en consecuencia, siempre se les escapa.

*Fenomenología de la conciencia culpable:  
Las clases medias, esas promiscuas puritanas*

Los *bestseller* de mayor impacto son, en un primer sentido, una larga y profusa lucha con y contra el puritanismo. Vito Corleone era un hombre hogareño, que santificaba las fiestas y era incapaz de fantasear siquiera el deseo de la mujer del prójimo; era creyente y su respeto por la madre de sus hijos y por la amistad, se acercaba a la veneración. Su hijo Sonny en cambio, solía engañar a su mujer y llegó a ser público su deleite, solamente sexual, con la mejor amiga de su hermana; Michael Corleone, quien llegará a ser el nuevo Don, el sustituto del Padrino, se entrega a una relación sexual cercana afectivamente con Kay, y vive la pesadilla y el ensueño de un vínculo erótico, mucho más pleno —y en consecuencia de fin desdichado como veremos más adelante— con su primera esposa, la siciliana Apollonia; Johnny Fontane,\* de origen siciliano, es introducido por su Padrino a Hollywood, atraviesa por el delirio y las alucinaciones de aventuras sexuales permanentes, sin ningún compromiso erótico y afectivo y, en consecuencia, con un permanente temor a la pérdida de la virilidad, a la demostración explícita de su impotencia.

Esta contradicción que envuelve en un solo proceso

\* Personaje que se suele identificar con Frank Sinatra.

al puritanismo y a los ensayos de libertad sexual, e incluso erótica, es la que une de manera íntima y básica, a ensueños —tan disímbolos en apariencia— como “West side story” y “Love story” por una parte y “La isla de las tres sirenas”, “Proposición 31”, “La máquina del amor”, “Una vez no basta”, etcétera, por la otra. Y sin embargo, quisiéramos señalar una “trampa” fundamental, en la cual se involucra el lector de estos éxitos prefabricados por la industria cultural, el *best-consumer* de sus propias contradicciones proyectadas en el realismo fantástico de la novela exitista y en los personajes concebidos como memoria y proyecto, pero difícil y precariamente como historia personal, posible. De ahí su carácter ejemplar.

La “trampa” a la que hacemos referencia reside en la creencia de que la innovación en las relaciones humanas y en este caso, en el compromiso entre los sexos, se encuentra del lado de la promiscuidad, del intercambio de parejas, de la relación fácil y epidérmica y de la evasión del compromiso y la lealtad. La contraparte de este supuesto imaginario reside en la creencia de que las “Historias de amor” representan resabios del pasado, añorantes fijaciones en romanticismos superados. Como suele suceder, en los sueños individuales y en los ensueños colectivos, la hipótesis contraria se encuentra mucho más cerca de la realidad de los hombres y mujeres urbanos contemporáneos. Detengámonos un poco en este proceso.

La educación puritana que ha prevalecido durante los casi veinte siglos de dominio de las religiones “universales” y represivas, ha culpabilizado cualquier intento de entrega amorosa, confiada, horizontal y comprometida entre hombre y mujer. Uno de los mecanismos que se ha utilizado para acatar este mandato social —a título divino—, ha consistido en periodos de promiscuidad sexual, siempre y cuando ésta respete las reglas básicas de rivalidad entre los sexos y evitación de la ternura, que garantizan un placer superficial e intermitente, escabroso y lleno de castigos rectificadores, es decir, “Como Dios manda”, como la conciencia culpable ordena.

El tipo de relación erótica, en cambio, que se propone a la fantasía del lector en “West side story”, “Love story” y en “The godfather” (entre Michael Corleone y Apollonia), es de una índole muy diversa, apuntada ya en sus trazos más generales por Shakespeare (en Romeo y Julieta), pero —y esto es lo importante— *desconocida históricamente*, aun cuando ensayada en los últimos siglos a través de aproximaciones sucesivas y

ensayos erráticos y circulares de acercamiento y expiación. Las historias recientes de amor erótico, pleno de ternura y plenitud sexual, de sinceridad y participación horizontales, tienen dos características básicas: 1) el hombre es cerebral y norteamericanizado y la mujer es pasional y latina;\* y 2) en todos los casos uno de ellos paga con la muerte su pecado de ternura-sobre-erotismo y en las versiones menos encubiertas y encubridoras es ella, pasional y latina, la que muere, además, de una manera accidental, fortuita, sin otra razón básica que la necesidad, en el ensueño colectivo, de expiar la identificación momentánea del público con su proyecto pecaminoso de una entrega libre, espontánea, que obtiene placer en el acto mutuo y emotivo del dar y recibir al mismo tiempo. Y este fenómeno sólo puede ser “añorante” en la fantasía, pues nunca ha quedado inscrito históricamente en las relaciones de mayor o menor envidia, rivalidad y sojuzgamiento, que el hombre y la mujer han establecido hasta ahora. Sin embargo, la tendencia psicosocial que cruza los desgarramientos del igualitarismo y la liberación femeninos, apunta —a veces en forma tortuosa e indirecta— en este sentido.

La cuestión básica que es importante aclarar en el proceso de liberación erótica y afectiva de la mujer y del hombre, consiste en ubicar su lucha en contra de su represión particular dentro de los procesos y luchas que se conducen en contra de la represión general. Si bien esta proposición, en sus términos abstractos, es sólo una recuperación del método propuesto por Marx, por lo que hace a las posibilidades de vinculación teórica y práctica, entre la liberación de los sexos y la liberación social y política, resulta esencial reconocer que se ha avanzado muy poco. Y es que la sociedad de consumo es muy sutil en los artificios que propone e impone, incluso a los hombres de pensamiento crítico. Dentro del conjunto de valores de una sociedad que identifica la realización personal con el éxito a través del mayor consumo, no es de extrañar que la liberación erótica se haya confundido con el consumo del mayor número posible de objetos —bienes y servicios— sexuales, tratase de hombres o de mujeres.

El problema real, en cambio, de una liberación efectiva, reside, en un replanteamiento cualitativo de las

\* La ternura y la entrega pasional siguen considerándose, en el inconsciente compartido de la colectividad, rasgos femeninos —de sexo menor— y latinos —de raza inferior—. En consecuencia, las mujeres, por una parte, y los latinos, por otra, son los portadores eminentes, de hecho, de los nuevos valores.

relaciones que establecen hombre y mujer. Es por esta razón que bajo el aparente conformismo de “Historia de amor”, aparecen el desafío cualitativo y concreto de un nuevo tipo de relación más horizontal y participante que combina el erotismo y la ternura, que reduce la rivalidad y la culpa a su mínima expresión (y éste es el sentido crítico de la malentendida proposición de que “el amor consiste en no tener que pedir perdón al otro”). Y ello es así, porque la expiación y la culpa persecutoria sólo existe cuando no es posible reparar a través de un mayor erotismo y de una creciente ternura los problemas derivados del narcisismo primario, de la incapacidad para obtener el máximo de placer a partir del deseo y del impulso de proporcionar al otro un placer intenso, profundo, global.

“El padrino” integra esta ternura y ese erotismo a nivel parcial, aislados —en el tiempo y en el espacio—, en el confín del pequeño pueblo siciliano en el que se entregan y recogen Michael y Apollonia, dentro del contexto de la más radical violencia y de la búsqueda desahogada del privilegio y la impunidad. “El padrino” es, pues, una buena pista para seguir los ensueños colectivos que —a diferencia de las ciencias y técnicas especializadas, fragmentarias— recuperan y mantienen en una visión integral a la dialéctica de los sexos, de las edades, de las culturas regionales y nacionales, de las clases sociales, de la violencia y del erotismo, que envuelve a todas estas luchas y a todas estas confluencias e identificaciones. Tratemos entonces de explicar, sin desdeñosos intelectualismos *a priori*, de qué se trata “El padrino”.

En una sociedad que reduce a la impotencia a los pobres, a los extraños, a las mujeres y a los niños, un padrino es la respuesta mágica que permite abatir el dominio depredatorio de los poderosos y mantener la posibilidad de la justicia, así sea en su más primitiva fórmula de la ley del talión —de la sentencia de la Biblia y del western, de “ojo por ojo, diente por diente”—. Porque “Don Corleone” recibía a todos —ricos y pobres, poderosos y humildes— con iguales muestras de afecto. Era su carácter.

La urgencia desesperada de una afirmación machista de la potencia sexual —a través del gigantismo fálico—, que antes se concebía vinculada con los anhelos latinos tipificados por García Márquez —“Cien años de soledad”—, muestra su vigencia anglosajona en Sonny Corleone, símbolo de la prepotencia pecaminosa: “De aspecto fuerte como un toro, se decía que su esposa odiaba tanto el lecho matrimonial, como otrora habían

odiado la hoguera los infieles. Malas lenguas habían llegado a afirmar que de joven, cuando visitaba las casas de mala nota, las rameras más curtidas le pedían tarifa doble”. Y aquí no hay que olvidar que las mujeres norteamericanas profesionalizadas, en su afán por luchar a favor de su igualdad —fuera del contexto de la lucha social—, han tratado de sustituir a los hombres en su carácter intrusivo, competitivo y fálico; objetivo que sólo han podido lograr a través de un cierto proceso de castración de los machos. Por ello, el ensueño fálico prepotente, intrusivo, devastador, y de instintos agresivos y sexuales de satisfacción inmediata (a la manera del “ello” freudiano), representados por Sonny Corleone, atrajeron a millones de anglosajones y también a millones de latinos, empeñados todavía en emularlos.

“El padrino” es la postulación de un mito jerarquizado al margen de las jerarquías formales, de un poder amplio y hegemónico que se mantiene fuera y en contra de los poderes establecidos. “El padrino” es la fantasía colectiva de la posibilidad imaginaria de mantenerse “fuera del sistema”, al mismo tiempo que se juega de acuerdo con sus mismas reglas. Mario Puzo desmistifica a los héroes de guerra, muestra el manipuleo tras bambalinas de los “óscars” hollywoodenses, se burla de las vedettes y los prepotentes de la industria del gobierno y de la industria cultural. Y a través de esta burla desmistificadora reconstruye la mitología de las clases medias de vocación ascendente, de progresiva condición estancada.

La furia y el despecho, ligados a la frustración de una espiral inflacionaria sin perspectivas reales de control, que cierra de pronto el supuesto porvenir burgués a las clases medias, dejando sin significado a su cotidianidad y, en última instancia, a su propia existencia, se revelan en esta gigantesca fantasía de abatimiento de las reglas, de redignificación de los paraísos perdidos de la familia tradicional, del consuelo religioso, del paternalismo y el padrinzago mafiosos, del arraigo en una comunidad sobreprotectora, cuyo líder último —“El padrino”— todo lo prevé y todo lo resuelve, con escasa o nula responsabilidad y participación del beneficiario, del sobreprotegido e infantil ahijado.

El padrinzago aparece, en síntesis, como la posibilidad de encontrar de nuevo una armonía comunitaria, más allá de la fría y tecnológica dispersión urbana, y más acá de la despiadada lucha entre los sexos, entre las clases, entre las generaciones y sobre todo entre los

distintos y contradictorios papeles que enfrentan a cada quien consigo mismo.

La conciencia culpable de las clases medias es recuperada, una y otra vez, en los ensueños colectivos de los *best-consumers*. Irving Wallace, a través sobre todo de “La isla de las tres sirenas” y de “Los 7 minutos”, es un maestro contemporáneo en la recreación culpígena y manifiesta de la mala conciencia del puritanismo en las relaciones personales y de la represión, en sentido amplio, en la estructura de las transacciones sociales.

“La isla de las tres sirenas” es la perversión sofisticada del control técnico, intelectualista, sobre las propias emociones. La enfermera desagradable en su aspecto físico, pero plena de artificios y recetas sexuales, que le permitirán aliviar las penalidades de un indígena moribundo en la isla de los mares del sur, es el símbolo del manejo del sexo como “cura” obligada, como catarsis prefabricada y aplicada a través de dosis y tratamientos, prescritos por psicólogos, médicos y conductólogos en general, especialistas en la cura de almas a través de orgasmos y eyaculaciones rítmicos, programados, regulares.

La autoobservación antropológica del proceso controlado de ejercicios sexuales, de aplicaciones *ad-hoc* de las gimnasias “eróticas”, muestran su profundidad y extensión dentro de las fantasías del proletariado y las clases medias aburguesadas, en el hecho concreto del consumo multitudinario y voraz de “La isla de las tres sirenas”.

Además de recoger la misma obsesión por la conducta sexual externa, con independencia y en contra del compromiso erótico íntimo, “Los 7 minutos”, nos remiten también a la problemática —entonces incipiente— de la lucha por una mayor libertad de expresión y de prensa. Y es que si “El padrino” recrea por adelantado la posibilidad concreta de desmistificar y denunciar los subterfugios a los que acuden los presidentes norteamericanos y los sistemas “democráticos”, cuando son en rigor representativos de los anhelos de impunidad y privilegio de los ciudadanos medios, “Los 7 minutos” formula por anticipado la posible participación de los medios en ese proceso de desenmascaramiento.

En el proceso de expiación de la culpa social, bélica y erótica, las clases medias norteamericanas proponen al mundo exitista de los *best-consumers* su mitología de redención aparente, de expiación del pecado, a través de la asepsia emocional y erótica y de la creencia mágica de que es posible disminuir, posponer o cancelar

las contradicciones entre los sexos y entre las clases por medio de una jerarquía "racionalmente" planeada y técnicamente supervisada de funciones, papeles y comunicaciones. La violencia explosiva que este sistema ha tratado inútilmente de inhibir, se muestra en la vigencia de la *omerta* siciliana como símbolo radical de lealtad y venganza pasionales, por medio del nostálgico reportaje imaginario sobre una libertad sexual polinesia-norteamericanizada y en el ensueño futuro de un

erotismo personal y societario, asumido profunda y plenamente, en una virtual y prohibida auténtica historia de amor, hoy culpabilizada por la vergüenza gazmoña y castigada con el cáncer y la muerte. En una palabra, las emociones reprimidas retornan una y otra vez en las fantasías del hombre urbano, como *bestseller* de sí mismo, como el consumidor orgulloso y predilecto de sus propias y confesas obsesiones de exitismo fracasado, de promiscuidad puritana.